

A un mes de la explosión de la calle Salta 2141, que provocó 21 muertos y decenas de heridos, cómo se reconstruye la cotidianidad de una zona que nunca volverá a ser la misma. Escriben: Pablo Feldman, Horacio Vargas, Leo Ricciardino, José Maggi, Lorena Panzerini, Florencia Coll y Sonia Tessa



Por Pablo Feldman

Lo ocurrido hace un mes en Salta 2141 es uno de esos sucesos que marcan para siempre a una comunidad. Generalmente son tragedias, como el terremoto de Caucete, la inundación de Santa Fe o el incendio en Cromañón. De cada uno de esos hechos, sean accidentales o con causantes, emergen distintas conductas nacidas de la pérdida y el dolor.

Es difícil, en ese contexto, imaginar consecuencias positivas. Sin embargo, la

## Reacción

explosión de la torre en el centro de Rosario permitió distinguir conductas solidarias, actitudes responsables, gestos de madurez y vocación de servicio. Por contraste, también, actitudes miserables, en baja proporción, y un nivel de pertenencia infrecuente en circunstancias normales.

No podía ser que ocurriera lo que ocurrió. La sorpresa, el estupor, movilizó a personas que ni siquiera sabían que podían reaccionar como lo hicieron. Los rescatis-tas, los bomberos, las fuerzas de seguridad, los funcionarios públicos, los voluntarios, gente sin "título" que se acercaba hasta la zona y un clima persistente de dolor compartido. Las cuentas bancarias, las donaciones, los festivales, la rápida respuesta del Estado, la ausencia de especulaciones políticas, y la seriedad en el tratamiento de la información han sido

consecuencias favorables de un acontecimiento que por su dimensión e impacto no lo admitiría.

Resta saber si esa reacción mayoritaria se puede proyectar en otros sentidos igualmente necesarios, donde las víctimas no sean los habitantes de edificios cercanos al boulevard, o ni siquiera víctimas fatales, sólo ciudadanos de la periferia, donde la vida parece tener otro valor, y la muerte no aparece como una abrupta interrupción de la vida, sino como un destino fatalmente prefijado.

Todos los días se repite la escena. La gente que viene caminando por el cantero central del Boulevard, hacia el río; los automovilistas que reducen la velocidad y extienden sus cuerpos hacia la ventanilla del acompañante. Todos miran, como si el tiempo se hubiese detenido en Oroño y Salta. Una valla metálica sostiene un cartel que dice ATENCION NO PASAR. La gente se detiene, de día y de noche, se queda en silencio. ¿Qué es el dolor? Sólo hay que ver lo que expresan esos rostros para responder la pregunta que se hacen todos los que están allí. DIOS BENDIGA A CADA UNO DE USTEDES, GRACIAS, señala un afiche en otro sector de la esquina, con un Cristo dibujado, sin destinatarios. Unos metros más adelante, un cartel encerrado en un corralito, LITORAL GAS S.A. LIDER EN CALIDAD DE SERVICIOS. CERRADO POR REFACCIONES, dice el texto escrito en letra cursiva y pegado con cinta en un panel de madera que reemplaza lo que alguna vez fue la puerta de entrada al Banco Macro. GRUPO DE ASISTENCIA PSICOLOGICA A LOS DAMNIFICADOS. Es un volante del IRDES, la escuela de psicología social de Pichon Rivière Rosario, que se esparce por las veredas. “En un proceso donde el daño sigue aún en curso habilitamos este espacio de sostén, contención, reparación en el bar Malos Conocidos. Oroño y Salta”. GRACIAS ANAJUANA POR TU SOLIDARIDAD. El mensaje, hecho en tela rústica, se extiende entre dos árboles del cantero del boulevard. Otra pancarta, pintada con letras rojas y fondo blanco, fue colocada en otra valla, en el centro de la calle. Dice: MEMORIAPOR LAS VICTIMAS DE CALLE SALTA.



Alberto Gentilcore

Horacio Vargas

## El tiempo detenido

La playa de estacionamiento del supermercado La Gallega recuperó su función original. Por allí ingresó la Presidenta para ver lo que ahora puede ver cualquiera. La parte trasera de la segunda torre. Lo que queda de ella.

Bolsas de consorcio, negras, tapan los espacios donde alguna vez hubo vidrios de ventanales. En el piso quinto, en lo que fuera tal vez un dormitorio, cuelga, intacto, un ventilador de techo; en el piso de abajo, una lámpara se resiste a caer, como los aires acondicionados, un colchón, una remera azul, tal vez.

“Ese es el quemado”, dice el hombre, y señala con el dedo índice de su mano derecha hacia el edificio de Salta 2141. Su mujer alza la mirada, a la distancia observa los pisos, sus balcones, negros de hollín, el gris de ausencia de las paredes, trozos de ventanas que no terminan de caer a la calle. Hasta que encuentra lo que buscaba. “María del Carmen vivía en el segundo piso”, dice y como antes lo había hecho su marido, ahora es ella la que extiende su mano izquierda. Su rostro se vuelve melancólico cuando señala el departamento. El hombre la escucha, la acompaña en su recorrido gestual por el edificio quemado una vez más, sus codos están apoyados en el cerco de metal que impide ingresar a la Zona Cero rosarina, donde sólo se escucha el andar de los obreros de la construcción con sus cascos amarillos, los diálogos de arquitectos e ingenieros con planos en sus manos, y de los policías que están de custodia en la esquina de Salta y Oroño.

—Fíjate que al de al lado, al de ladrillo visto, no le pasó nada—dice el hombre, como si estuviera viviendo una revelación, en alusión al edificio contiguo de departamentos de la vereda impar.

—No creo que vaya a vivir nadie allí—razona ella.

hvgargas@pagina12.com.ar



Alberto Gentilcore

El duelo a flor de piel y el deseo de recuperar lo cotidiano

# Los días que vendrán

La explosión del 6 de agosto cercenó vidas y mutiló historias. Los pedidos de justicia y el despojo de decenas de familias que no pudieron volver a sus casas forman parte del paisaje. La vida siempre se las ingenia para abrirse paso.



Alberto Gentilcore



Alberto Gentilcore



Andrés Macera

Salta y Oroño, hoy llamada la Zona Cero. Ese lunes 12 de agosto a las 19.50 se escuchó el primer sonido intenso del día. Sí, el primero, porque ese lunes ni siquiera se escucharon las bocinas de los automovilistas. A esa hora, las sirenas de todas las autobombas se encendieron y también las de las ambulancias. Un sonido ensordecedor que marcó el final de esta etapa y el comienzo de una nueva: los duelos, desatar los nudos en la garganta, el volver a empezar para tantas familias. A ese sonido penetrante se sumó el aplauso de los mismos rescatistas, de sus familias que llegaban al lugar, de los vecinos que hasta colgaban banderas desde los balcones. “¡Gracias, bomberos!”, se escuchó una y otra vez. Ellos salían en absoluto silencio, con lágrimas y con esa sensación de haber

Florencia Coll

## El epílogo que falta

sido testigos del horror. Quizá por eso fue tan genuino el gran abrazo a los más de 400 hombres y mujeres que no dudaron en salir, en remover hasta el último escombros en busca de todas las personas que no aparecían. Ellos, junto a los equipos de voluntarios, ex combatientes, religiosos, psicólogos y tantísima gente fue la protagonista. Si hasta el gobernador y la intendenta evitaron las cámaras esta noche. No hay más palabras. ¡Qué fuerte! Porque no alcanzaban los abrazos ni las lágrimas para el inmenso agradecimiento y ni siquiera el Himno, entonado a voz partida de emoción. Tampoco las preguntas aún sin respuestas y la impotencia por lo que pasó. Silencio. Va a ser largo esta vez. No hubo milagro de encontrar personas con vida y —como dice el amigo Agustín Aranda— a toda tragedia le falta el epílogo. Y lo tendremos que imprimir entre todos. Se lo debemos. Nos lo debemos como ciudadanos.

\* Periodista de Somos Rosario y Radio Universidad. <http://trabajocronico.wordpress.com/>

## Números

- 3** horas de demora en cortar el gas.
- 21** víctimas fatales.
- 62** personas heridas.
- 238** inmuebles afectados.
- 150** camiones con escombros.
- 5600** personas en la emergencia (bomberos, rescatistas, personal médico, asistentes sociales, seguridad, voluntarios).

Leo Ricciardino

## Ahora todos sabemos

La catástrofe de Salta 2141 reveló un nivel de respuesta del Estado en sus tres niveles, como ninguna otra vez se había requerido en la ciudad. El grado de organización, disposición y puesta en marcha del operativo de emergencia requirió de todos los recursos del sistema integrado de salud municipal y privado, que fueron puestos a prueba de manera inédita. Y esa respuesta estuvo a la altura de tan grave demanda.

Ese esquema organizativo y de cooperación interstatal reveló además que si se trabajara en la prevención con este nivel de prestación, otra sería la ciudad, la provincia y, sin duda, el país. No se pueden evitar muchas de las tragedias que a diario se viven en el mundo, pero éstas tienen distintos impactos y dimensiones de acuerdo con el desarrollo

del trabajo de los gobiernos.

Sabemos ahora de sobra que estamos preparados para dar respuesta a accidentes y eventos de gran envergadura y peligro; pero también conocemos la fragilidad de todos ante la ausencia de llaves de corte de gas adecuadas, de viejas instalaciones, de desidia absoluta en los controles y de la escasa colaboración que todos ponemos en la tarea. Recién ahora el temor a una explosión en la ciudad ha vencido al miedo de quedarse sin gas por unos cuantos meses, el tiempo que demanda revisar y modificar adecuadamente una conexión. Ahora también tomamos nota de que empresas internacionales varían sus estándares de prestación de acuerdo con el Estado en el que se encuentran administrando el servicio.

La política también fue capaz de ponerse a tono con la situación, en medio de una elección en la que muchos candidatos arriesgaron mucho suspendiendo sus campañas políticas. Se dirá que no había muchas más alternativas ante el dolor y la posible reacción de la gente. Pero se hizo y nadie desentonó. Inclusive las más encumbradas autoridades, que en ningún momento cedieron a la tentación de sobreexponerse en la emergencia. Ahora todos sabemos lo que podemos, pero también la magnitud de lo que tenemos pendiente.

Por Sonia Tessa

La habitación de Mateo Nardi estaba preparada en el departamento del primer piso de Salta 2136. La cuna y el cochecito, relucientes, fueron comprados por las abuelas. El dormitorio tiene una pared pintada de celeste y las otras, de blanco. El 6 de agosto, a las 9.38, la deflagración en la vereda de enfrente se sintió como una brisa tibia que arrastró vidrios, puertas, objetos. Al día siguiente, Fernanda Reggiardo y Mariano Nardi fueron por lo urgente, a hacer una ecografía. “Lo más importante era saber si el chico estaba bien”, dice Mariano, el dueño de Malos Conocidos, el bar de Salta y Oroño, un mes después. Mateo nacerá entre el 13 y el 19 diciembre. “Donde y como lo soñamos no va a ser, pero lo importante es que el chico está bien”, se conforma el papá primerizo, de 29 años. Su suegro, Miguel Reggiardo, se aferra al primer nieto como la línea que separa la vida de la muerte. “Mi nieto y también tengo una hermana que vive en el extranjero. Siempre postergué verla, y quisiera viajar ahora”, dice Miguel entre lágrimas: “Mi nieto y verla a ella son luces en el túnel oscuro”.

Cuando recuerda las imágenes de esa mañana, Miguel

## Las luces en el túnel oscuro

remite a Marlon Brando en *Apocalypse Now!*: “El horror, el horror”. No puede contener el llanto. “Pudimos salir bien pegados a la pared del edificio porque las llamas llegaban hasta la mitad de la calle Salta”, rememora. Miguel concurre al Colegio de Psicólogos, donde ofrecen atención gratuita. “Mirá, Miguel, ya que el destino quiso que te quedaras, date los gustos que te quedan”, se dice para darle un sentido a lo ocurrido.

Sin embargo, Miguel siente “congoja, a veces un poco de soledad. A veces te sentís solo, viste, y sentís tristeza por esa muchachada que murió ahí, que a muchos los conocía porque hace más de 20 años que estoy en este barrio”.

Alejandra, la esposa de Miguel, también llora. “Vamos a volver, vamos a luchar para volver a nuestra casa”, dice entre lágrimas, sentada en una mesa del bar, las manos entrelazadas con Irma, que vivía en el mismo edificio. El sol se cuela por las ventanas donde Irma, con su tapado rojo sobre el respaldo de la silla, lee el diario. Irma se mudó con una vecina de la planta baja a un departamento que pudieran alquilar, también cerca. Los lunes, a las 19, van a las reuniones organizadas por el Irdes, la Escuela de Psi-

lología Social de Rosario, en el mismo bar, porque “el daño sigue”. Y hoy tendrán una cita de honor: a las 20, desde Salta y Oroño hasta Litoral Gas harán una marcha de silencio para exigir justicia.

“Necesitamos justicia. Tenemos que ir todos, por la gente que se murió, por la gente que quedó viva, por todos. Nosotros somos como una gran familia en la calle Salta, hemos hecho una especie de barrio. A lo mejor la gente piensa que, porque vivimos en Salta y Oroño, tenemos dinero y no es así, somos gente de trabajo”, dice Alejandra, luchando contra las lágrimas que le quebran la voz.

El bar está tranquilo. Varias mesas están ocupadas. Algunos toman su desayuno. Desde el día de la tragedia hasta hoy, Malos Conocidos ofrece desayuno gratis para los afectados. Son entre 20 y 30 servicios por día. “Eran mis vecinos, los conocía a todos”, arguye la dueña y cuenta que algunos van por su desayuno a la tarde. Ahora, espera que los proveedores vuelvan a apoyarlo para seguir dando ese mínimo cobijo.

Sentada en la mesa del bar de su yerno, Alejandra sólo quiere volver a su casa. Recuperar el lugar donde vivió 20 años. “De toda esta desgracia, vemos en Fernanda, en esa pancita que crece, la luz, la esperanza. Y yo tengo fe, yo sé que voy a volver a mi casa. Mi hija va a volver con su bebé a esa casa. Yo pensé que ella no iba a querer, pero me dijo que ése es su lugar, su historia. A nosotros en un ratito nos borraron la historia. Y queremos volver.”



Andrés Macera

Miguel y Alejandra Reggiardo, sus hijas Fernanda y Agostina junto a Mariano Nardi, esposo de Fernanda.

José Maggi

## Solo pide silencio

Silencio. Solo eso pide. Que se hable menos. Menos música y risas, y homenajes. Silencio por el dolor que sienten los que perdieron todo. Los que perdieron a un ser querido. Los que cambiaron sus vidas. Esta nota no tiene entremetidos subvirtiendo las reglas básicas, porque la voz no quiere ser voz. Laura Andreani no quiere ser la voz que se escuche repitiendo lo que dijo horas después de que su negocio resultara arrasado por la explosión. Y que repitió cada vez que fue necesario: que había llamado por teléfono desde las 9 y 10 minutos clamando por ayuda, a bomberos y policías. Que nadie la escuchó ni entendió la gravedad de su demanda. Que la pérdida de gas estuvo un largo rato hasta que se produjo la explosión. Y lo hace a sabiendas de que determinados discursos, en algunos momentos, molestan. Por eso pide silencio, y reclama respeto. Hablar de fallas provoca dolor. Más dolor. Y Laura no quiere provo-

car más dolor. Se habla mucho y se escucha poco. El discurso que se impone es el reconocimiento, el abrazo, la foto, el acto, los gestos, la solidaridad. Pero no la revisión de la respuesta en la emergencia antes de que lo irreparable ocurriera.

La historia oficial cuenta que el primer llamado al 911 ingresó a las 9.33, cinco minutos antes de la explosión de Salta 2141, y asegura que se derivó en tiempo y forma hacia los responsables de la ayuda.

Laura pide silencio, no quiere revivir esos momentos dolorosos. Hubo mucha gente que perdió mucho, muchísimo más que ella. Ella, que ahora puede atender el llamado desde su local en Paraguay 1900, desde donde va a intentar levantarse nuevamente, como lo hizo hace 37 años. No quiere revivir, porque recordar es volver a pasar por el corazón. Y porque no quiere generar malestares. Justo ella, que para evitar un mal mayor resguardó a sus clientes en el fondo de su comercio, a más de quince metros de la vereda, calle por medio, hasta donde llegó la onda expansiva, que le llevó no solo los blíndex de su local, sino la vida de 21 vecinos, y marcó a fuego la mañana del 6 de agosto.

Pero a pesar de la autoexigencia silenciosa, sus días siguen, y su deambular le trajo de pronto esta vida, distinta de la otra, distinta de la de antes. Fue cuando la empresa de alarmas le confirmó que la energía eléctrica de su local había sido cortada a las 9.11 horas, cuando ella misma había advertido el fuerte olor a gas. Quedaban aún 27 minutos de vida.



Gustavo Villordo



Andrés Macera

# Retazos de historias

En los escombros de los primeros contenedores, mientras los rescatistas buscaban sobrevivientes, aparecían fotos rotas, libros y notas dejadas antes del estallido.



Gustavo Villordo



Gustavo Villordo



Andrés Macera

*"Toda memoria es individual, no puede reproducirse, y muere con cada persona. Lo que se denomina memoria colectiva no es un recuerdo sino una declaración: que esto es importante y que ésta es la historia de lo ocurrido, con las imágenes que encierran la historia en nuestra mente."*  
Ante el dolor de los demás, Susan Sontag.

A primera vista, llamas anaranjadas que trepan muros los dejan negros, débiles, desnudos. El fuego crece en un abrir y cerrar de ojos, da pelea y no se rinde. Impresiones, muchas: los rostros desencajados frente a la noticia que nadie quiere dar; las lágrimas de los vecinos de la cuadra. El susto que dejó el estruendo no se borra de la memoria de los que estuvieron hace un mes en la calle Salta, en los edificios cercanos, en

Lorena Panzerini

## Las primeras impresiones

Oroño y el río, o en casi cualquier lugar de la ciudad que no puede olvidar la explosión de Salta 2141, porque se sintió en el vibrar del suelo, en los oídos y en el corazón. Y cómo olvidar la imagen de Anahí, abrazada a una ventana con caí-

da libre a mitad del edificio, amenazada por el fuego. Cómo olvidar la primera muerte confirmada, los reproches de una mujer angustiada a la intendenta Mónica Fein, en plena calle; las órdenes del personal de asistencia para despejar la cuadra.

Cómo expresar que parecía una guerra, cuando nunca se estuvo en una. Los vidrios y los trozos de paredes o techos diseminados en cada centímetro de calle daban cuenta de que algo terrible había sucedido, pero es casi imposible imaginar las consecuencias cuando no hay certezas.

"Me partió el lavarropas a la mitad"; "Me desperté y no tenía paredes, estaba al borde del precipicio"; "La onda expansiva me rompió la vidriera y me empujó hacia atrás"; "El edificio no tiene

caldera, pasó algo con el gas"; "A las 9 iban a cortar el suministro para cambiar el regulador." Esos eran los primeros testimonios, pasadas las 11 de ese martes, en Oroño y Salta. Desde allí, recién después del mediodía pudo advertirse que faltaba una torre del edificio, que la explosión había provocado un derrumbe y la palabra escombros hizo un vacío en el pecho de los que la oyeron, aturdidos por la situación que se volvía cada vez más angustiante.

La palabra escombros conduce directamente a "cuerpos atrapados". Los familiares de los habitantes del edificio que llegaban a la esquina encarnaban la desesperación, la impotencia, la incertidumbre sobre sus seres queridos, la culpa por lo que no se hizo antes, la bronca por la injusticia de lo inesperado, de lo evitable.